

Las puertas azules

El Dragón

A las puertas azules del Ultimo Palacio
que bajo siete llaves recluye a la Princesa,
robé al dragón sapiente que blasonó mi empresa,
el secreto que cifran tres sellos de topacio.

Domina en uno el símbolo de la campana muda.
La rosa de cien pétalos en el otro se eleva.
Y en el tercero pasa la doncella que lleva
un espejo sincero y una daga desnuda.

* * *

Vida, amor, alegría, salud, fuerza, esperanza,
todo esto lo poseo por natural fortuna,
sin haberlo pedido, tal vez sin causa alguna,
quizá con un designio que mi razón no alcanza.

Lo cierto es que soy dueño de un tesoro gratuito,
que fuera de mí nadie puede gozar. Tesoro
en el cual siendo a un tiempo mina, minero y oro,
a nadie usurpo nada, ni nada necesito.

¿Por qué cuando no sale todo según yo quiero,
he de quejarme como si me quitaran algo,
creyendo neciamente que por mí mismo valgo,
y que ante el Grande Enigma debo ser el primero?

Sintiendo en mí oponerse lo infame y lo sublime,
en los demás se apiada la piedad de mí mismo.
Y hasta en la complacencia de mi propio egoísmo,
sé que el dolor es bueno también porque redime.

Cuando a su honda miseria la pasión me subyuga,
sangre y lágrimas forman la humedad de mi lodo;
y al hundirse en él, sufre y espera de igual modo,
la inquietud de las alas mi bajeza de oruga.

Por el honor del riesgo, si en las tinieblas lucho,
con mi propio quebranto como el cuarzo me enciendo;
y bajo los rigores del destino tremendo,
amar bien he sabido porque he sufrido mucho.

Mas, si este bien supremo de amar tanto nos cuesta,
si desde que nacemos somos reos de muerte,
¿a qué desazonarnos por conjurar la suerte,
aumentando la angustia de la carne funesta?

Filósofo tranquilo, reduce tu delicia
al fondo de tu copa llenada sin exceso.
Apúrala cuanto antes en la embriaguez del beso,
que el mosto se avinagra tras la sazón propicia.

¿Para qué por estéril lujo beber tu perla
en tu propio vinagre, con heroísmo ilustre?
Cuando así su belleza la vanagloria frustre,
verás que no valía la pena de beberla.

Inútil será entonces que sobre tu faz triste,
la indiferencia ponga su gélido albayalde.
Si ahorras la fortuna que te tocó de balde,
revelará tu grima que indigno de ella fuiste.

Feliz quien ve en las canas cenizas de su hoguera,
no razonable nieve que anuncia el frío eterno.
Más generoso rinde la leña del invierno,
el árbol que florece mejor su primavera.

Todo jardín cerrado tiene por habitante
a la melancolía, princesa que en su encierro,

bajo un ciprés sentada, con el deber por perro,
padece su perfecta soledad de diamante.

Mas, florecer es darse. La dicha generosa,
sólo por serlo alcanza la perfección suprema,
cuando en su petulancia prefiere al teorema
de la sabiduría, la lección de la rosa.

Y ya que no es posible la rosa sin la espina,
que las tuyas coronen el seto con largueza.
La más favorecida rosa de gentileza,
es aquella que fuera del cercado se inclina.

No aminores tu gozo ni compliques tu pena
con la estéril congoja del arrepentimiento.
El bien y el mal que llevas desde tu nacimiento,
son frutos de una vida que antes de ti fué ajena.

Si en tu ser se acumulan los años a millones,
pues la vida que vives fué sin cesar vivida,
por los que antes vivieron, ¿cómo en tu corta vida
podrás torcer el curso de las generaciones?

Tu destino es la ignota dirección de ese flujo,
que no tiene principio ni fin en tu existencia.
En vano es que tortures tu mente y tu conciencia,
buscando en ti la causa que al bien o al mal te indujo.

La vida que malogre tu sumisión obscura
al deber que te imponen para ventaja de otro,
te sangrará en la boca, como su freno al potro,
recreciendo a bocados de hierro tu amargura.

No permitas que extraña mano tu vuelo tuerza,
para igualarte a todos con equidad mezquina.
Tan justo es nacer águila como nacer gallina,
Mas, las alas del triunfo son hermosura y fuerza.

No filosofes mucho cuando te salga al paso,
el azar venturoso que te asignó el destino.
Necio es que te demores a discutir el vino,
cuando apenas hay tiempo para apurar el vaso.

Ni más razón indagues. La vida es bella en ella,
y así que a la belleza de su ley nos exalta,
bajo esa ley, más fuerte que el deber y la falta,
la pena se ennoblece y hasta la muerte es bella.

Nuestra final concordia con todo lo existente,
se profundiza entonces en plenitud de arrobó,
y en fraternal convite trueca el rencor del lobo,
y echa en deslíz de seda la piel de la serpiente,

Quema el amor sus alas en una carta vieja
o en los pétalos de una flor seca, y todavía,
la ilusión que, por serlo, volársenos debía,
la soledad fragante de su recuerdo deja.

Hasta que, al fin, del propio destino soberano,
cuando sean ya inútiles la lucha o el martirio,
pondrás serenamente, como quien corta un lirio,
sobre tu último día libertadora mano.

Y superior a toda pena y todo reproche,
tocada ya tu frente por el azul postrero,
con su llave de oro te franqueará el lucero
las compasivas puertas del sueño y de la noche.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación, Buenos Aires).